

EL ÉXTASIS FUTBOLÍSTICO

El pasado miércoles el equipo de Antonio Gómez marcó un gol. ¡GOOOOOL! Ya era campeón de liga, de la Copa, de la Eurocopa o de lo que fuera. El hincha de fútbol sintió una explosión de felicidad desde lo más profundo de su ser: la piel y los líquidos de su cabeza se expandieron hacia el infinito como el brillo de un astro. El puzzle de su existencia, ese amasijo de piezas irregulares, sucias de tanto manoseo, que como mucho cabía casar en grupos de dos o tres, parecía haberse encajado para siempre, sin que se notaran los meandros de las junturas, creando una instantánea de armonía, de solidez, de esplendorosa plenitud. Porque es que había sido ¡GOOOOOL! Antonio Gómez era campeón de la Liga, de la Copa, de la Eurocopa, o de lo que fuera.

Su mujer estaba en el dormitorio, tendida de bruces sobre la moqueta, con las manos tras la nuca tibia y húmeda, las piernas dobladas y abiertas, enfrente de otro televisor, tratando de mimetizarse con Cindy Crawford y comprimiendo los músculos abdominales a esas horas de la noche, ya cenada y por tanto acuchillada por los gases. Había que recuperar la figura tras el nacimiento del bebé.

Al nacer Antoñito, dos meses antes, el hincha había adoptado el papel de papá finisecular: varonil y sensible, tierno y juguetón. Pero el nacimiento de su hijo no había sido capaz de proporcionarle ni una décima parte de la felicidad que ahora atesoraba gracias al golazo de su equipo. En realidad nada en la vida le había propulsado al éxtasis, al encendido embelesamiento en que ahora se encontraba. Esta obviedad brilló en alguna membrana de las zonas más mohosas del cerebro de su esposa. Pero en pocos segundos la iridiscencia se desvaneció porque su energía estaba usándose para un terrible esfuerzo de mimetización: Cindy Crawford componía ahora con su cuerpo de súcubo una figura muy difícil de imitar.